

Experiencia Religiosa y Evangelización

Segundo Galilea

He pasado la última Semana Santa en la India, en el suburbio de miseria que rodea Bombay. Estoy alojado con una familia cristiana, y asistimos a las ceremonias pascuales en la pequeña y pobre capilla parroquial. Nos turnamos con el párroco en la presidencia de las celebraciones, y yo presido el Viernes Santo. Dado que a Bombay confluyen gentes de todas las regiones y lenguas del país, la liturgia ha de ser en inglés.

La iglesia está totalmente llena: proporcionalmente, en esta región de la India hay muchos cristianos. La gente está de pie o sentada en el suelo. Esas gentes son evidentemente muy pobres, basta ir a visitarlos a sus chozas o cabañas, y sin embargo la comunidad reunida tiene un aire de dignidad y belleza. Todos van bien vestidos, y las mujeres, que unánimemente llevan sus mejores "saris", parecen unas princesas.

La ceremonia es muy participada y la gente realmente reza, aunque muchísimos no comprenden el inglés. El aspecto devocional es muy importante, y ello lo puedo comprobar en el hecho y el modo de la adoración de la cruz. A ratos olvido que estoy en la India y me parece estar en una capilla popular de América. Desde fuera de la capilla, muchos hindúes siguen la ceremonia en silencio y oración. (El hinduismo es la religión del 80% de los indios). Esto se va haciendo habitual en muchas regiones de convivencia cristiano-hindú: la religiosidad popular (fuerte en cristianos e hindúes) y la experiencia mística son lugares privilegiados de encuentro y ecumenismo de esas grandes religiones.

De modo general, en un continente tan religioso como es el Asia (y la India en particular), la religión popular tiene gran importancia, también cultural y social. El Oriente no se entiende sin el factor religioso. Esta religión popular es notoria también en el cristianismo, ante la posible sorpresa de visitantes latinoamericanos, acostumbrados a pensar que el catolicismo popular es un hecho relevante sólo en sus tierras. Más aún, el cristianismo popular en India y Filipinas (y sobre todo en el segundo caso por ser país de mayoría cristiana) es tal vez más rico y arraigado que en América. Y en un continente de convivencia de grandes religiones, esto tiene un gran valor ecuménico y evangelizador.

En Zamboanga (Filipinas) encontré que la devoción a la Virgen del Pilar es compartida por cristianos y musulmanes, y es un gran lugar de encuentro religioso. En Singapur, que tiene actualmente una de las cuotas más altas de conversión al cristianismo, el foco de conversión se da en devociones populares muy bien llevadas y atendidas pastoralmente. La Iglesia de la Novena a la Virgen ("Novena Church") es conocida por todos, cualquiera sea su religión.

Esto y muchas otras cosas más me han llevado a pensar que en la actividad misionera hacia el Asia, en la cual América Latina ha de tener un protagonismo, nosotros tenemos mucho que recibir de esos cristianos. Por de pronto uno percibe concretamente algo que el cristianismo más secularizado de Occidente tiene la tentación de olvidar: que lo religioso, o en otras palabras la experiencia de Dios, es el elemento esencial del cristianismo, y que toda conversión a él implica siempre una experiencia religiosa. Esta afirmación parece un tópico, pero sorprendentemente a menudo no tiene el lugar que le corresponde en la pastoral. En términos más actuales, todas las dimensiones de la evangelización —el trabajo por la justicia, la opción por los pobres y la liberación— para que sean auténticas experiencias cristianas y evangelizadoras deben llevar a la experiencia religiosa, a la experiencia de Dios, tanto en evangelizados como en evangelizadores. Para éstos, ello pone en cuestión el vigor de su vida mística, pues no se puede provocar una experiencia que uno no tiene. En buenas cuentas la identidad cristiana de la pastoral está en producir experiencias religiosas a partir de las experiencias humanas, incluso de las experiencias negativas, como el sufrimiento y la muerte.

Volviendo a nuestra Semana Santa en Bombay, habría que decir que esos cristianos que habitan las enormes zonas de miseria de la gran ciudad están deshumanizados en muchos aspectos, y sus vidas no pueden adquirir la plenitud que Dios quiere. En ciertas áreas de su vida son pobres y oprimidos. Pero también son aparentes los valores humanos que exhiben. Tienen sentido de su dignidad y por eso sentido de superación, de ser más. Tal vez sea éste uno de los puntos en que se diferencia la práctica cristiana de la hinduista, en los indios —con lo cual no quiero menospreciar ni faltar el respeto a los hindúes. La experiencia cristiana, que en este caso y en muchos otros, es el catolicismo popular, los ha llevado, de generación en generación, a mantener en el corazón de sus duras vidas un espacio de dignidad y humanismo, de esperanza, en el cual hay que reconocer una experiencia de liberación.

Cuando más tarde he reflexionado sobre la enseñanza que encierra para nosotros el misterio de esas vidas de fe amenazadas por la miseria y el inhumano anonimato de los suburbios increíblemente sobrepoblados, vuelvo sobre mi intuición primera: para estos creyentes la religión tiene un valor en sí y se justifica por sí misma, porque la religión es la experiencia del amor y la esperanza que viene de Dios. En sí misma es una experiencia de liberación personal y de crecimiento en sabiduría y en vida. En rigor, esto habría que decirlo de toda religión, pero en este caso nos interesa especialmente el cristianismo popular. El hecho de que la historia testifique de hechos y períodos en que las religiones (incluido el cristianismo) hayan sufrido decadencias y aun aberraciones hasta poder ser acusadas como "opio" o alienación (no siempre fueron fuente de vida, humanismo y libertad), no cuestiona la substancia de la experiencia religiosa como encuentro con un Dios que humaniza y libera. Nos recuerda más bien que la experiencia religiosa es siempre frágil y relativa, porque ella no es Dios, sino la búsqueda de Dios. Y que aun en las religiones que, como el cristianismo, tienen la convicción de estar habitadas por el Espíritu de la verdad y de la liberación, saben que esta Verdad que

las habita en lo esencial, ha de ser buscada y explicitada ardua y penosamente a través de la historia, y que esta búsqueda de los creyentes no está exenta de errores y decadencias, que sólo la conversión permanente a la experiencia del Espíritu puede corregir.

Todo esto quiere decir que la religiosidad popular, tan arraigada en el así llamado "tercer mundo", tiene su primer y esencial valor en el hecho de ser, antes que nada, religión. La religiosidad popular es en primer lugar experiencia de Dios (con todas las limitaciones e impurezas que se quiera), y como tal hay que abordarla y asumirla. Es verdad que, como siempre sucedió y sucede con toda religión, y sobre todo al tratarse de religiones de mayorías populares, la devoción popular ejerce también una fuerte función cultural, social y económica y aun política. De ahí que los aportes de las diversas interpretaciones de la religión popular (la "culturalista", la "liberacionista", etc.) sean muy pertinentes. Pero no seríamos verdaderamente cristianos si no creyéramos que ante todo la religiosidad popular es religión y experiencia de Dios, y que esta dimensión es su espina dorsal. Para entender el alma de una religión no es posible aproximarse a ella prescindiendo de la experiencia religiosa.

Este suele ser un punto de tensión entre las ideologías y la política, y la religión. Pues para las ideologías y las liberaciones políticas la religión interesa o no, es positiva o negativa, es o no humanizante, según el rol que está jugando (o pueda jugar) en la arena socio-política. De ahí también que les interese mucho más la Iglesia que Dios, y la Iglesia como factor social y no como lugar privilegiado de la experiencia religiosa. Al revés de lo que sucedía hace varias décadas, en que los reformadores sociales de los humanismos agnósticos consideraban la religión como algo superado, el ascenso de lo religioso en vastos sectores del mundo contemporáneo ha llevado a esos ideólogos y líderes a interesarse genuinamente en la religión. Cabe sí preguntarse si este interés es por un encuentro liberador con Dios y su vida, o meramente por la función histórica que pueda jugar la religión, favorable o desfavorable según sus perspectivas. El diálogo, a lo menos en Occidente, entre ideologías y cristianismo no siempre es fácil de llevarlo en profundidad, pues si por un lado es viable cuando se trata de las funciones sociales del cristianismo popular, por otro lado descuida algo esencial, tanto de la identidad del cristianismo como de las liberaciones sociales: el misterio de Dios, la experiencia religiosa como garantía de liberación integral, y su misteriosa presencia en el corazón de la vida humana.

Al pensar nuevamente en las masas miserables de la India, poseídas por otra parte de un humanismo y una cultura religiosa tan superior a las sociedades de países opulentos, no puedo dejar de pensar que aquí se encuentran el misterio de la vida como miseria y la experiencia de Dios como misericordia, del modo más radical. Para esos cristianos, la cruz y la novedad de vida que celebraban en la Semana Santa no es una devoción o un sentimiento que más o menos ilusoriamente les ayuda a sobrellevar la miseria humana (podría ser además esto) sino que es una convicción garantizada por una experiencia vital.

Ello hace que en la India se radicalice al extremo el dilema insoluble del mundo contemporáneo: desarrollo material sin el humanismo que

proviene de la experiencia religiosa vs. un humanismo arraigado en valores absolutos que relativiza el proyecto de desarrollo de la modernidad. No todo es sano ni liberador en el humanismo religioso de esas enormes masas creyentes —como tampoco todo (ni mucho menos) es sano y liberador en el desarrollo de Occidente. Pero tendría para nosotros grandes ventajas tanto culturales como del punto de vista del cristianismo occidental, el que supiéramos recoger lo que tiene de válido y cuestionante el humanismo, para nosotros misterioso, de esos pueblos que forman actualmente la cuarta parte de la humanidad.

El cuestionamiento que salta más rápidamente a la vista se refiere a los caminos del desarrollo, más precisamente el desarrollo económico, y en el sentido de la vida que ahí subyacen. En otras palabras, la cuestión de la superación de la pobreza deshumanizante.

Ante este desafío, el proyecto de la modernidad a-religiosa (capitalismo, marxismo, etc.), dominante hoy en el “primer” y segundo mundo”, se basa en la filosofía de que, para superar la pobreza, hay que enriquecer a las gentes. Así tendrán acceso al consumo material. Los proyectos y caminos varían según las ideologías, pero la filosofía de la vida y el humanismo subyacente es, en el fondo, muy similar. La aplicación de esta idea a las grandes mayorías pobres del planeta se está demostrando inalcanzable.

El humanismo religioso de las multitudes creyentes del “tercer mundo” (también los cristianos), uno de cuyos epicentros es el subcontinente indio, introduce un elemento importante en las filosofías materialistas del desarrollo: que también es una manera de superar la pobreza el reducir las necesidades, simplificar la vida, haciendo de la vida pobre y austera un ideal humano y religioso. Esta actitud, que la modernidad fácilmente tachó de “opio del pueblo”, se está ya demostrando menos opio que la actitud de producir y consumir sin discernimiento. No estoy seguro que las masas de la India estén más alienadas que los habitantes de Hollywood, París o Leningrado.

Pero la superación de la pobreza deshumanizante por la pobreza voluntaria, la ascesis ante el consumo y la simplificación de necesidades, requiere precisamente un sentido espiritual de la vida y una motivación mística, en donde la experiencia religiosa se revela eventualmente indispensable. Sin ello la opresión deshumanizante se hace inevitable. De ahí entonces la paradoja sorprendente para aquellos que ponen en sospecha la mística y el humanismo religiosos de cara al desarrollo y liberación de las masas: en el futuro, cuando los proyectos de desarrollo humano basados en la producción de riqueza y poder hayan fracasado irremediablemente, lo que parecía “opio del pueblo” quedará como fuente inspiradora de otras alternativas de felicidad y liberación.